

## 1.1 El antidogmatismo

"La confesión pública de que se es filósofo, de que uno se dedica profesionalmente a filosofar, provoca reacciones curiosas. En un principio es fácil explicar por qué. La gente no consigue entender qué es eso de 'Filosofía', de 'filosofar'. Consecuentemente, no alcanza a comprender cómo puede hacerse profesión de algo tan poco asible. (...)

[Es frecuente encontrar en estos casos un cierto tipo de interlocutor al que podemos bautizar] 'interlocutor suspicaz'. La declaración de que uno es filósofo es para él un motivo de preocupación. '¿Filósofo? ¡Qué complicación!'. Uno asiente. Piensa en las aporías de Zenón, en la deducción trascendental de las categorías, en el ente y la esencia, en los mundos posibles. Pero la corrección no tarda en llegar. 'Quiero decir que la Filosofía es ideológicamente complicada; que suele complicarse políticamente'. Lo que preocupa al suspicaz

es que la Filosofía sea (pueda ser) vehículo de ideas y de actitudes 'peligrosas'. De nada vale que uno intente tranquilizarlo, distinguiendo entre la Filosofía y los usos que se pueden hacer de ella. Aunque en cierto modo es natural que eso no lo tranquilice. El suspicaz tiene razón en pensar que el filósofo no puede probarle fehacientemente que no es portador de virus conceptuales. Lo que no advierte es que esa circunstancia poco tiene que ver con los filósofos. En rigor de verdad, ningún ser humano —los suspicaces incluidos— puede probar el hecho (negativo) de que no es tal o cual cosa.

Ante este tipo de interlocutores no se puede condescender, no tanto por lo que dicen, sino por lo que presuponen. Con bastante frecuencia, detrás del interlocutor suspicaz se encuentra agazapado el dogmatismo. Y este es, realmente, el factor que merece críticas. ¿Por qué es criticable el dogmatismo? ¿Qué es un dogmático?

Un dogmático es una persona cuya estructura mental es esta:

- existe un conjunto de verdades fundamentales acerca de x, y o z;
- yo (dogmático) las conozco;
- esas verdades, por ser lo que son, no exigen justificación racional y sobre todo no pueden ser sujetas a críticas racionales;
- todos tienen que aceptar esas verdades (el mundo será mejor así);
- quienes no las acepten estarán en el error y el error no merece ser tolerado.

Esta matriz muestra varios cosas interesantes. Muestra, por ejemplo, a) que el dogmatismo no es cuestión de 'contenidos', sino de estructura mental, b) que dentro del modelo dogmático no hay posibilidad de resolver racionalmente ningún conflicto pues lo único que cabe es la anatematización del contrario, c) que todos los dogmáticos son iguales (pese a sus discrepancias de 'vida o muerte') dado que poseen la misma estructura mental, el mismo estilo de pensamiento (esto explica 'conversiones radicales' que suelen darse entre ellos).

Sentado esto, se puede comprender por qué el filósofo provoca la suspicacia dogmática. Si hay un rasgo que lo caracteriza de manera esencial, cualquiera sea la posición teórica que adopte, es su no-dogmatismo. El filósofo puede llegar a convencerse de que existen verdades básicas. Pero no puede considerar que está eximido de fundamentarlas racionalmente, ni que pueden quedar al margen de la crítica racional. En el momento mismo en que admitiera tales cosas, dejaría de ser filósofo. Ser filósofo y ser dogmático son propiedades incompatibles, como lo son ser santo y ser libidinoso o ser guerrero y ser cobarde. Esta es la razón por la cual el verdadero filósofo es para el dogmático un personaje molesto, poco confiable, 'ideológicamente' complicado. Es que, si hay una 'ideología' propia de la Filosofía, ésta es el antidogmatismo, (...) el respeto por el poder de la crítica racional.

El suspicaz puede contraatacar. 'La actitud del filósofo es ingenua y blanda. Apta, quizá, para gabinetes de estudio pero no para la vida cotidiana. Dado un buen dogmático, la única manera de contrarrestarlo (en el plano de las ideas) es contraponiéndole otro buen dogmático. Solo las personas con idearios firmes pueden funcionar bien en esa situación.' Nuevamente, el suspicaz se equivoca. Parte, equivocadamente, del supuesto de que negarse a aceptar la crítica racional y ser intolerante son síntomas inequívocos de firmeza de ideas. En verdad solo son síntomas de cerrazón intelectual y de mal carácter. Los síntomas verdaderos de la firmeza de nuestras ideas son la coherencia de nuestro obrar efectivo respecto de lo que proclamamos pensar y la valentía que supone someterlos al 'ácido cáustico' de la crítica. La historia muestra que los dogmáticos mejor pintados han claudicado ante esos rasgos. También muestra que favorecerlos es el mejor seguro contra los dogmatismos actuales o futuros.

Ser filósofo conlleva, pues, algunas dificultades. Aunque exacerbadas en los tiempos contemporáneos (los totalitarismos suelen ser terribles interlocutores suspicaces), no son sin embargo novedosas. Este tipo de dificultades se manifiestan desde el comienzo mismo de la Filosofía.

Sócrates, que llegó a saber mucho de estos temas (tuvo al respecto una experiencia bastante decisiva), compara al filósofo con el piloto que es degradado y dejado a un lado por unos malos marineros amotinados que cuentan con la aquiescencia del patrón del barco. Aunque limitado en sus posibilidades, el piloto tiene cualidades que ni los marineros ni el patrón poseen y —lo más grave— que no saben que no poseen. Sócrates recomienda entonces a Adimanto: 'Comienza por presentarle esta parábola a quien se extraña de que los filósofos no sean honrados en las ciudades y procura persuadirlo de que sería mucho más extraño si se los honrase.' (Platón, República, 489 a.)

Como se puede apreciar, ni los filósofos ni ciertas propensiones de los hombres han cambiado mucho con el correr de los siglos."<sup>12</sup>